

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

124 “La más maravillosa música”





ESA FRASE: “LOS ACONTECIMIENTOS SE PRECIPITAN”

En los viejos libros solía escribirse *los acontecimientos se precipitaban*. Ya no se usa. De todas formas, los acontecimientos siempre han seguido precipitándose. Teóricamente la frase es más que discutible. Postula una velocidad de la Historia. Postula, asimismo, una linealidad. Una historia que avanza. No necesariamente que progresa, pero avanza. Puede no saberse bien hacia dónde, pero sigue avanzando. A veces más rápido, otras más despacio. Cuando hay una sumatoria de sucesos enlazados que producen la sensación de desbocarse es que se habla de la precipitación. Hasta comienzos del siglo XX los hombres aún tenían una visión racionalista de la historia. Paso a paso, más lento o más rápido, avanzaba. El hundimiento del *Titanic* en 1912 y la *Primera Guerra Mundial* erosionaron gravemente esta certidumbre. Hemos visto —durante los '60— que ese avance tenía incluso un punto en el horizonte, que se avanzaba hacia algo predeterminado: hacia el socialismo. Estos fueron los momentos en que la Historia más certezas entregó o más certezas se le pidieron. Caídas estas certezas surgió la palabra utopía, propia del progresismo de los '80, de la socialdemocracia. En la Argentina, del alfonsinismo. Al ser imposible depositar en la Historia la certeza de un futuro asegurado se recurrió a una especie de teoría del caminar ininterrumpido de los seres humanos hacia ese futuro. Ya no se le decía “socialismo”, pero valía la pena caminar hacia él, de modo que algo de socialismo posiblemente tendría, o sería imprescindible concederle. La utopía eran los sueños. Pero para atraparlos había que ir hacia ellos. El sentido no estaba en llegar a ellos sino en el ir, en la marcha, en el caminar que jamás cesaba. El futuro existía porque los hombres caminaban hacia él. La utopía funcionaba así como una especie de poderoso imán que atraía a los caminantes. De aquí la notable fuerza del poema de Eduardo Galeano. Que es más o menos así: *Camino dos pasos y ella se aleja dos pasos, camino cuatro y ella se aleja cuatro, camino cinco y ella se aleja cinco, ¿para qué sirve la utopía? Para eso, para caminar*. O la utopía sirve para obligarnos a caminar hacia ella. Ese *caminar* expresa otras cosas. Caminar es no detenerse, no bajar los brazos, no entregarse, no cejar en los mejores empeños que dan sentido a la vida. He visto a actores y actrices derramar gruesas lágrimas diciendo este poema y a diversos públicos aplaudir con alegría, jubilosamente.

Todo se hizo trizas. No hay certezas. No hay nada hacia donde caminar. Nada que lo tiree a uno. Es muy posible que esa caminata —que, además, cansa: a mí, lo confieso, caminar me cansa y me aburre— sea sólo una caminata. Que no tenga nada de no bajar los brazos o no entregarse. Que sea sólo caminar. Puede que —en verdad— la luna alumbre y nada más. Lo que uno no negaría —concediendo— es que hay momentos más agitados, más descontrolados. Ahí es donde se dice que los acontecimientos se precipitan. La palabra precipitar(se) es hondamente conceptual para nuestro tema. Repito, aquí, la hipótesis que guía estas dilatadas páginas. *Todo lo que se hizo se hizo tal como era necesario hacerlo para que todo terminara en la tragedia en que terminó*. Esto no estaba escrito en ninguna parte, no era un destino. No era una necesidad. No había un devenir teleológico entre el 25 de mayo de 1973 y el 24 de marzo de 1974. No. Fue la praxis libre de los agentes de la historia la que determinó un rumbo que nadie supo alterar. O no quiso. *Todos fueron infalibles en el Error*. No hay buenos, no hay malos. Si planteamos como finalidad esencial la de evitar la masacre que se desata en el país a partir de 1976, todos fueron malos porque todos se equivocaron, todos hicieron lo rigurosamente

necesario para que esa masacre se produjera. De aquí que podamos escribir: los acontecimientos se precipitaban. ¿Hacia dónde? Hacia los campos de masacre del más monstruoso de todos los monstruos de esta Historia. Hacia el Monstruo que –por fin– establecería una verdad entre tantas verdades que colisionaban belicosamente sin imponerse las unas a las otras. Esa verdad fue la Muerte. El que impone la Muerte a todos los otros agentes históricos, matándolos o absorbiéndolos, el que monopoliza el poder de dar la Muerte, el que lo torna privativo de sí, el que les arrebató a los demás ese poder (o se los restringe hasta expresiones mínimas, que nada modifican, que nada alteran), el que pone la Muerte al servicio de sus proyectos, el que por medio de la Muerte somete a los otros porque, al tenerla sólo él, los otros sólo pueden ser sus víctimas, ése tiene también la *verdad*. Porque la verdad es hija del poder. Tengo el poder cuando soy capaz de imponer mi verdad como la verdad de todos. Este poder –fruto de la Muerte, de la Muerte desaparecedora de los cuerpos– se instala a partir de 1976. Antes, todos se mataban entre ellos. A partir del 24 de marzo, Uno es capaz de matar a Todos. Tiene la verdad. Los otros, no. Los muertos nunca tienen la verdad: son incapaces de imponerla por estar –precisamente– muertos. Los muertos tienen el silencio. El Uno que se apropia de la Muerte para imponer su verdad decreta el fin de la guerra. Ahora, la persecución y la masacre de los derrotados. Que es clandestina, nocturnal, que exhibe y despliega obscenamente la crueldad de los vencedores. Se instala sobre el campo de batalla la calma de los cementerios. Nadie habla. Nadie dice nada. Todo sigue como si nada hubiera pasado. El miedo –se descubre– no es agradable, pero da cohesión a una sociedad. La sosiega. Llegan los vahos del horror, llega el sudor frío del horror, pero todos lo niegan. No pasa nada. Ya, por fin, no pasa nada. “Estoy saciado de horrores (dice Macbeth, el asesino de Duncan, rey al que, por medio de ese asesinato, sucede en el trono de Esocia). Lo siniestro, siempre familiar para mis pensamientos asesinos, ya no puede asustarme más (...) El mañana, el mañana, el mañana se desliza de día en día con paso mezquino, hasta la última sílaba del tiempo dado, y todos nuestros ayeres han alumbrado a los necios en el camino hacia el polvo de la muerte. ¡Apágate, llama fugaz! La vida es sólo una sombra errante, un burdo actor que apenas un momento se pavonea y agita sobre el escenario, y nunca vuelve a ser oído. Es un cuento contado por un idiota, lleno de sonido y de furia, y que no significa nada” (William Shakespeare, *La tragedia de Macbeth*, Norma Editorial, 2001, p. 142. Cambié, en la traducción, “ruido” por “sonido”. Desde que leí –en mi adolescencia– la novela de Faulkner estoy acostumbrado a llamarla *El sonido y la furia*. Ahora se publica como *El ruido y la furia*. No está mal. El ruido es una de las notas esenciales de nuestro tiempo. Faulkner le puso a su obra *The Sound and the Fury*, que admitiría las dos traducciones. Armando Roa Vidal, el traductor de la edición de Norma que utilicé, prefiere “ruido”. El toque humorístico –otra cosa no puede ser– surge de la vieja traducción de Luis Astrana Marín, objeto, desde hace tiempo, de todos los desdenes. En este caso se justifican. En lugar de poner “lleno de ruido y de furia” o “lleno de sonido y de furia”, Astrana Marín traduce: “con gran aparato”. De donde surge que la genial novela de Faulkner debió llamarse: *Con gran aparato*. Sin más.)

OTRA VEZ: PERON-GODOT

Desearía ser bien comprendido en un tema tan difícil: no estoy diciendo que la intervención de los desaparecidos fuera necesaria. Sólo digo que se la hizo posible. Que la hicieron posible “los desatinos de los necios en el camino hacia el polvo de la muerte”, como dice el gran Bill Sha-

kespeare. *Pudo haberse evitado*. Ante todo, si Perón no se hubiera muerto. O si al menos hubiera vivido un año más. Aunque, ¿cuáles serían entonces sus condiciones de deterioro? Creo que el anciano general –conociendo su estado de salud– no debió haber vuelto. Pero, ¿cómo habría podido no hacerlo! Todos lo tironeaban, lo requerían. Godot debe volver. Y no: no debe volver. Ni hay que seguir esperándolo. Godot debe morir. Pero lo que Godot no puede hacer es llegar para morir. Porque si llega va a morir, pero asesinado por quienes lo esperan. Godot jamás podría satisfacer las esperanzas que se han depositado en él. Dejar contentos a todos. Cumplir con los deseos extremos, a veces impiadosos de quienes lo esperaban. Al no cumplirlos, la esperanza de su llegada se transforma en frustración. Los que esperaban enfurecen. Al enfurecer todos empiezan a reclamar a Godot: Godot volvió para ellos. Godot, incluso, puede argumentar que volvió sólo para algunos, pero los otros se sentirán traicionados. ¿Para eso esperaron a Godot? Estalla la guerra entre quienes tienen la bendición de Godot (“volví para ustedes”) y entre quienes padecen su exclusión (“no volví para ustedes, que son mis enemigos”). Pero los excluidos arguyen que Godot miente, o que alguien le dicta lo que dice, o que se equivoca, o que Godot está viejo, delira, no puede decir siquiera la verdad de Godot. Que la verdad de Godot la tienen ellos. Porque, lo quiera o no Godot, ellos encarnan lo que de él se esperaba. Son los depositarios, los custodios auténticos de la verdad de Godot. Los otros son unos miserables falsarios sólo validados por la inteligencia extraviada de este Godot que ni siquiera sabe interpretarse a sí mismo, que ha perdido la noción de lo que representa y debe representar para la mayoría de quienes lo esperaban y lucharon por su regreso. La guerra enfrenta a los elegidos de Godot y a quienes se asumen como los verdaderos representantes de Godot, los que expresan su auténtica verdad aunque no coincida con la que ahora él dice. Los cadáveres aparecen aquí, allá, en todas partes. Godot trata de conducir el desorden, la tragedia. Pero Godot está viejo. Godot entiende entonces que no debió volver. Que sólo debió expresar la esperanza –aunque falsa, inauténtica, diría Heidegger, porque nadie debe poner su proyecto en otro– de quienes lo esperaban. Pero nunca volver. Porque nunca dará satisfacción a todos. En medio de esta terrible certidumbre (la del Error absoluto, irrefutable, sin remedio) Godot muere. Se lo han devorado sus fieles. Los que tanto lo esperaron. Al morir, Godot no dio satisfacción a nadie. Al morir, el sentido se pierde. Sólo sigue la matanza. Todos lo entienden: el sentido no era Godot. ¿Dónde está? No hay sentido. Sólo la Muerte puede restablecerlo. Pero lo que la Muerte restablece es el sentido de las tumbas, que sólo a Ella beneficia. En suma, Godot es una figura más metafísica que ontológica en la que el existente inauténtico deposita la realización de sus proyectos. *Si Godot viene –razona– todo será posible, todo se hará realidad*. No advierte –no puede advertir– que no debiera ser necesario que Godot venga para que sus proyectos se eyecten en busca de la dimensión del futuro. Que el hombre –al ser posibilidad y no realidad– debe ser su arrojo, debe proyectarse, debe e-yectarse a partir de sí y no vegetar esperando algo mágico o extra-ordinario de la facticidad. Godot debe morir –de una y mil maneras– para que el hombre pueda conquistar su ser auténtico. De lo contrario, jamás dirá *su* palabra porque espera que Godot venga a decirla por él. O a abrir la posibilidad de decirla. Esa posibilidad la debe abrir él. Cada uno es su posibilidad porque la elige o la crea.

NO HAY “JUSTICIA POPULAR” EN DEMOCRACIA

Volvemos a la precipitación de los acontecimientos. Indaguemos –según es nuestra habitua-

lidad– por medio de los sinónimos. Nos van a conceder el sentido de la palabra *precipitar* y ese sentido será el de la realidad argentina del ’74 al ’76. Los sinónimos de *precipitar* son: derrumbar, derribar, despeñar. Los hechos, al precipitarse, se despeñan. De aquí en más, todo lo que en este relato se *despeña* lo hace hacia la Muerte. La Muerte es el golpe del 24 de marzo. Otros sinónimos de precipitar son: atolondrar, atontar, aturdir, ofuscar. *Aturdir* es el sinónimo perfecto. Los hechos se precipitan en la modalidad del aturdimiento. ¿Por qué? Porque se precipitan entre el ruido y la furia. Ese ruido, esa furia, aturden y también atolondran o atontan a los protagonistas del relato. Si el relato cada vez significa *menos* (hasta llegar a significar *nada* cuando sólo la Muerte reina) es porque los protagonistas pierden su poder significativo al despeñarse en su praxis, atolondrándose, atontándose. De esta forma, ya no pueden contar su relato sino balbuceando. Ya no pueden protagonizarlo sino aturdiéndose, atolondrándose. En fin, a-tontándose. Ahora el relato –el entero relato– es apenas un relato *contado por un idiota* (o por muchos idiotas), *lleno de sonido y de furia, que no significa nada*. O cada vez menos hasta llegar a las puertas de la Muerte y, mansamente, atravesarlas. Ahí, nada significa nada. Pero se acabó el sonido, se acabó la furia. O sólo existe el sonido y la furia de Uno, el que persigue y da la Muerte a todos los otros. Aquí, ya no hay significación. La Muerte, en su modalidad de exterminio, no es un significante: es el fin de todos ellos. La Muerte Argentina –cuya esencia es la desaparición– al hacer desaparecer los cuerpos elimina los significantes. Sólo queda el suyo que radica en eliminarlos. Al fin, no queda ninguno. Desaparece la posibilidad del sentido. No hay sentido. Sólo hay terror, la imposibilidad de pronunciar una palabra diferenciada de la palabra Única y aplanadora del Poder. (Nota: Los sinónimos de precipitarse tienen la misma característica de caída por causa propia, por imposibilidad de frenar el rumbo hacia la catástrofe, incluso por ratificarlo con cada acción. Son: arrojar, lanzarse, tirarse, derrumbarse, despeñarse, derribarse, impelirse. Y también la cara emocional que acompaña a estos actos de auto-destrucción: atolondrarse, atontarse, aturdirse.)

Los hechos que se precipitan son los siguientes: el 10 de enero de 1974 –como apertura de ese año macabro– el ERP, lo hemos visto, ataca la Guarnición de Azul. Pésima decisión atribuida principalmente a Gorriarán Merlo (un triste personaje de estos tristes hechos y de otros que vendrán: el insensato ataque al cuartel de La Tablada bajo la presidencia de Alfonsín). Durante las “acciones” es asesinado (no hay *justicia popular* en democracia, sólo asesinatos, del lado que vengan) el coronel Camilo Gay, su esposa y un soldado: Daniel González. Secuestran al coronel Jorge Ibarzábal. Caen dos combatientes del ERP y de otros dos no se vuelve a saber nada. Algunos sádicos del Ejército de la doctrina francesa de contrainsurgencia se habrán “entretenido” con ellos. Era su modo de ir practicando para el momento del asalto al gobierno que, no lo dudaban, ya llegaría. ¿O no se estaban autodestruyendo todos esos locos? Perón –apenas se produce lo de Azul– aparece por la cadena de televisión vestido por primera vez con su uniforme de teniente general. Ahí estaba: todos los veteranos que aún andan por ahí lo recuerdan. El Viejo estaba iracundo. No era el Viejo, era un teniente general vestido con sus mejores galas. ¿Por qué el uniforme? ¿Cómo? ¿No había sido atacada una Guarnición? Perón se viste como sus compañeros de armas. Y habla como uno más de ellos. Ahí está: qué cosa, parece un milico más. Y arroja palabras terribles contra la guerrilla y contra el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Oscar Bidegain, que era un buen hombre, que seguía siendo fiel a la juventud y que habría que haber luchado por mantener en su puesto a toda costa, pero con inteligencia. Lo

peor que podía hacerse era atacar una guarnición de su provincia. Perón y los fachos, que ya tenían diagramado el plan para decapitar a los gobernadores de la Tendencia, brindan con champán. El ERP, a Bidegain, acaba de entregarlo en bandeja de plata, listo para el sacrificio. ¿Por qué hizo eso el Robi Santucho? Porque al ERP le importaba poco (más exactamente: nada) la política. ¿Para qué tener gobernadores en un régimen burgués? ¿De qué sirve un gobernador si acepta las reglas del régimen? Ser gobernador es incluirse en la lógica organizativa del capitalismo cipayo. A ellos no les importa que caiga o no Bidegain. Buscan algo más radical, más absoluto: que caiga el régimen entero del sistema neocolonial. Para entender el funcionamiento del ERP no hay que relacionarlo con coyunturas políticas. Eso, las coyunturas políticas, las buscaron los montos. Los erpios no. Todo era el régimen. Ninguna negociación era importante ni aconsejable. Se atacaba en el momento en que se decidía atacar, no en una coyuntura favorable. La ETA actúa igual. Primero las bombas, después la política. O mejor aún: primero las bombas, nunca la política. No hay negociación posible porque el enemigo es lo Otro, el Todo. Es el entero sistema dependiente del capitalismo neocolonial y explotador. Luego del discurso de Perón, Bidegain viaja hacia la capital y ofrece su renuncia. Lo tiró el ERP. Ya Perón y los suyos (léase: López Rega, los sindicatos, los grupos armados de la derecha y los políticos sumisos del pejeta) habrían encontrado el modo de hacerlo. Pero, como sea, el ERP les hizo el regalo.

VILLAR Y MARGARIDE, EL PODER A LOS ASESINOS

Nos vamos a detener en dos hechos: uno del mes de enero de 1974, los nombramientos de Villar y Margaride (sobre los que hemos hablado, pero hay que decir más), y otro del 27 de febrero, el patético, burdo, golpe del jefe de la policía de Córdoba, teniente coronel Antonio Domingo Navarro. Célebre hecho conocido como el “navarrazo” y que terminó con el gobierno mediterráneo de Ricardo Obregón Cano y Atilio H. López.

Hay dos decretos: 1858 y 562. Sirven para ascender a dos letales policías (expulsados de la fuerza: ¿alguien imagina qué cosa malsana, criminal, debe ser un policía para que lo expulsen de la policía argentina?) Luego serían jefes de la Triple A. Al primero lo asciende Lastiri. Al segundo (subinspector Rodolfo Almirón, que habrá de ser gran killer de la Triple A) lo asciende Perón para que sea miembro de su custodia personal. ¡Qué linda gente elegía Perón para que lo cuidara! Hay un doble matiz en esto. ¿Cómo se puede confiar tanto en un escorpión, en una tarántula? ¿Cómo se puede confiar en la salud mental de un hombre como Rodolfo Almirón? ¿Y si lo compraban? ¿Y si le daban dos millones de dólares y le decían “amasijá al general, la patria te lo pide”? No sólo los montos. No, ojo, eh. Los sindicatos, la Marina, el Ejército. El gorilaje oligárquico. Pero esa era la gente de la que el general gustaba rodearse: fachos, recontrafachos, criminales de gatillo fácil, de puntería mortal.

El 29 de enero Perón designa subjefe de la Policía Federal y superintendente al siniestro Alberto Villar. Lo acompañó Luis Margaride, célebre represor –bajo el Onganiato– de la sexualidad ciudadana al asaltar los hoteles alojamiento, sacar desnudas a las parejas de las habitaciones y averiguar si había menores para comunicarlo a las familias y humillarlos por la pésima educación que daban a sus hijos. “Sus hijas andan cogiendo por ahí y ustedes lo más tranquilos mirando *Tropicana Club* con Chico Novarro y María Concepción César. ¿Les parece bien? ¿Esa es forma de educarlos?” “Pero... es

que ya hace tres años que salen.” “¿Y eso qué mierda tiene que ver? ¿Se casaron? ¡No! A ver si la entienden: con libreta matrimonial, se coge. Sin libreta, no. Porque la libreta es el permiso del Estado y el matrimonio religioso la santificación de la Iglesia. Ahí sí, ahí se coge. Pero en el lecho matrimonial y en busca de los hijos que harán grande a la patria. Cualquier otra forma es vicio. Degeneración. ¡Marxismo, carajo! ¿O no se llenan la boca los rojos hablando del amor libre? ¡Son enfermos, hijos de mala madre! ¡Judíos y comunistas! No cogen para procrear, cogen por coger. ¡A eso le llaman *amor libre*! ¡Libre de qué? ¿Saben de qué? De la santidad del Señor. Pero esclavos de la ideología nauseabunda de Stalin. Van a estar una semana en la cárcel estos chicos. ¡Pero bien separados! Miren si los vamos a poner juntos. Se la pasarían cogiendo y ofreciendo un espectáculo impudico a sus inocentes carceleros. Que, al fin, excitados, los van a violar. ¿Qué quieren que hagan?” Ese era –sin exagerar demasiado, creo– Luis Margaride, triste personaje dominado por una grave patología sexual. El otro era peor: un asesino. Una hiena. Le gustaba navegar. Eso lo perjudicó.

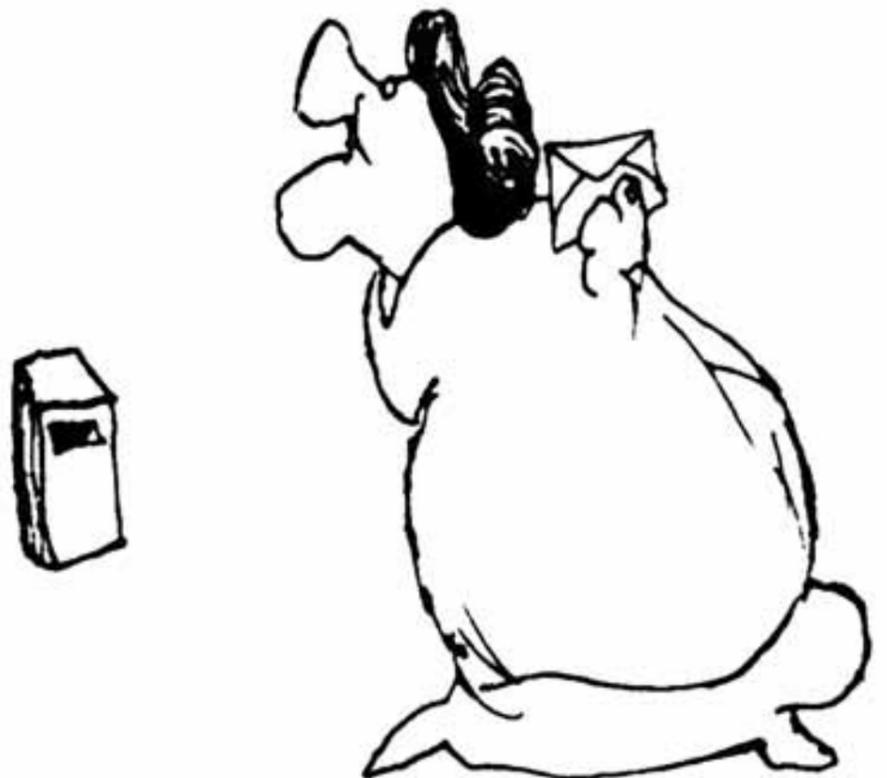
Villar era un loco. No era fácil contenerlo. Célebre por haber invadido la provincia de Córdoba y establecer una lucha contra las fuerzas policiales que tenían allí su legítima jurisdicción. ¡Puso presos a policías cordobeses! Lanusse tuvo que intervenir. Célebre también por haber embestido con una tanqueta el local del Partido Justicialista donde se velaban los cadáveres de Trelew para impedir su autopsia. Más tarde, en la redacción de *Noticias*, el diario que habían sacado los Montoneros y dirigía Miguel Bonasso, los miró a todos y fieramente les dijo:

–Yo sé que ustedes tienen un ataúd preparado para mí. Pero yo tengo uno preparado para cada uno de ustedes.

Se le daría uso –antes que a los otros– al que los Montoneros tenían preparado para él. Entre tanto, Perón enfrentaba, con escasas defensas, un combate que habría de perder ineluctablemente, como cualquier mortal. Ese combate se

pierde porque a causa de su condición de ser condenado a la finitud ningún hombre puede ganarlo. Ni siquiera Perón, que más de una vez y tal vez desde el origen de sus días habrá pensado que a esa Señora también le haría el verso correspondiente, la sonrisa invencible o siempre la haría volver mañana porque hoy estaba muy ocupado o, en caso de recibirla, la derrotaría con ese carisma suyo que había derrotado a tantos. Lo de no recibirla, eso de hacerle decir: “Venga mañana. El señor presidente no puede recibirla hoy”, posiblemente habrá sido de su predilección. Después de todo, el gran recurso de un hombre de poder –y vaya si él lo era– radicaba en decirle a la muerte que hoy no tenía espacio para ella en su agenda, que volviera mañana. Ser inmortal es eso: el poder de decirle a la muerte –siempre que aparezca– que hoy no podemos recibirla, que mañana tal vez. Pero esa obstinada señora viene cuando quiere, entra donde se le da la gana, interrumpe todas las reuniones que se le antoja interrumpir, cancela todas las citas por importantes que sean, dado que la más importante es la que desde el mismísimo instante en que nacimos hemos contraído con ella. Perón se acercaba vertiginosamente hacia la última y hacia la más bella de todas las frases dichas desde ese balcón de la Rosada que era suyo, que él había conquistado a fuerza de carisma, oratoria y –en sus mejores años, en sus grandes y brillantes primeros años– por el amor que el pueblo le entregó y supo ganarse. Perón estaba a punto de decir: “Llevo en mis oídos la más maravillosa música”. ¿Qué magia, qué genuina inspiración, qué recuerdo imborrable y feliz, le hizo decir esa frase? ¿De dónde vino, cómo llegó a sus labios, cómo se abrió paso en medio de tantas desdichas, de tantos muertos, de tantas desesperanzas? Mi amigo Mario Wainfeld dijo cierta vez algo poderoso. Que sí, que esa música, “la más maravillosa”, se la había llevado “en sus oídos”. Y era posible que para siempre. Porque rara vez, o nunca, la habíamos escuchado de nuevo.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari



PROXIMO
DOMINGO

“La más maravillosa
música” (II)

IV Domingo 4 de abril de 2010